

“La muerte empieza por los zapatos: se han convertido, para la mayoría de nosotros en auténticos instrumentos de tortura que, después de las largas horas de marcha, ocasionan dolorosas heridas las cuales fatalmente se infectan”.

**PRIMO LEVI.**  
*Si esto es un hombre.*

## **LA PISTA DE PRUEBAS**

Al inicio de la cuarta vuelta, ha notado que la fiebre aumentaba. La mañana, muy húmeda, permanece atrapada por una niebla espesa que le impide distinguir al resto de figuras espectrales arrastrando las botas por la pista. La verdad es que tampoco le importa mucho sentir o no cercana la presencia de los otros presos que recorren los cuarenta kilómetros con él. Y si le da igual que estén o no, atados a su común destino y compartiendo idéntica miseria, se debe a que allí dentro nadie ayuda a nadie y que en los entornos hostiles la empatía con el otro no existe, sino que se diluye por un brutal instinto de supervivencia. Ellos, los que no son compañeros ni en el sufrimiento, también han sido condenados a ir y venir, día tras día, por un infinito camino de setecientos metros. Todos calzan las mismas botas rígidas, de caña corta sujeta con cordones, aunque con la brutal diferencia de que debido a su condición, a él, al 175624, le obligan a andar con un número menor al que usa. Así que continuará dando pasos desde la soledad más extrema, arañando con los pies la grava que parece crepitar como una lengua de brasas y con la carne ya casi anestesiada por el dolor de aguantar las botas duras y pequeñas. De nuevo vuelve a desear ansiosamente que termine el día para desnudar sus pies imaginando que pisa descalzo sobre un césped humedecido por el rocío. Pero aún faltan muchas vueltas, en torno a cincuenta y seis hasta finalizar la jornada. Porque su trabajo en el campo, el suyo además castigo, consiste en probar de diez a doce horas un nuevo modelo de botas de campaña que, de soportar bien las marchas diarias realizadas por los presos, sustituirán las que visten los millares de soldados alistados en el glorioso ejército alemán. Él sabe que en ese infierno se experimenta con

materiales más baratos que el cuero pero igual de blandos, con plásticos resistentes y maleables que reduzcan los costes de producción de las botas utilizadas por la tropa desde hace años. Si se consigue el nuevo producto sintético, el 175624 habrá contribuido a reducir el gasto en la producción de uniformes, un ahorro que será destinado a satisfacer otras necesidades de la maltrecha economía de guerra. Y para comprobar si las nuevas calidades en las que se trabaja no destrozarán los pies de los soldados, los detenidos como él son convertidos en auténticas cobayas humanas, en ratones obligados a caminar diariamente sobre la mortal lengua de tierra que reptaba por la explanada del campo. La pista se construyó como apoyo al laboratorio y a la fábrica de calzado anexos a las instalaciones, a sugerencia de los propios fabricantes de zapatos que pagarían a la patria unos miserables marcos por cada detenido que testase los nuevos prototipos que diseñaran. Por lo que hoy también, al final de la jornada, un grupo de técnicos se encargará de analizar el estado de las botas y pies del 175624, y él los envidiará mientras espera exhausto a que apunten en un informe los resultados que tan empíricamente les ofrecerá su sufrimiento. El 175624 es consciente de que el batallón de los patinadores —así llaman al grupo de desgraciados que junto a él prueba zapatos— realiza uno de los trabajos más duros del campo, una condena relegada sólo a los presos más peligrosos, a quienes reinciden en sus delitos o han intentado fugarse, a algunos judíos y a todos los homosexuales. Estos últimos, además, sufren el escarmiento de caminar con zapatos que les quedan pequeños, por lo que en menos de cinco días de marcha yendo y viniendo por la pista de pruebas, los pies y los tobillos del 175624 supuran en carne viva e infectados.

Pero el 175624 no puede parar hasta que ellos lo autoricen, y da otro paso más que le pinza el cerebro, y otro más que anticipa la angustia del siguiente y del siguiente también, sin poder detenerse porque hacerlo sin permiso a veces significa la muerte por apaleamiento; igual que acudir al dispensario a suplicar cura para las heridas de los pies. En pocos días él ya ha averiguado que los códigos deshumanizados y de obediencia debida a los que le someten, no recogen nada sobre piedad con los presos, sino que en su manual sistemático de procedimiento, un enfermo supone un gasto sin

contraprestación, una carga inasumible por el Estado, por lo que quien entra en la enfermería con los pies llagados, es decir inservible para seguir probando nuevos prototipos de calzado, desaparece del campo. El 175624 no olvida que la noche pasada ha delirado en el camastro, que ha sudado el dolor cuando la hinchazón de los pies le palpitaba siguiendo los impulsos acelerados del corazón. Cree que vio a Max, pero con la fiebre la realidad se deforma, aunque el 175624 ha descubierto que la realidad del campo resulta más esperpéntica que sus alucinaciones febriles. Tiene frío e intenta acelerar. Mira al suelo para no tropezar y se fija en que las rígidas y redondas punteras de las botas que calza están cubiertas de polvo. Recuerda que nueve días antes él aún pensaba que la dignidad de un hombre se reflejaba también en lo limpios que brillen sus zapatos. Instintivamente, el 175624 restriega las botas militares contra las perneras de su uniforme.

Dieter frotó sus flamantes *Oxford* en el pantalón, cuando ingresó en el campo de Sachsenhausen y tuvieron que cruzar a pie el sendero que los separaba de la entrada. Quizá por el esfuerzo que empleó en comprarlos, aquellos zapatos de costura prusiana le encantaban. En plena crisis, la elegancia quedaba reservada a unos pocos privilegiados, se pagaba cara y él, contable en una sucursal bancaria, debió economizar mucho para poder disponer, además de los exclusivos zapatos confeccionados en tafilete, de dos trajes y varias camisas que conjuntar en las salidas nocturnas. Aunque sólo fuera por el dinero gastado para no desentonar con la elegancia de quienes frecuentaban clubes de baile como Eldorado, o porque había comprobado que *Ich steh´mit Ruth gut* no se bailaba igual con los corrientes *Blucher* con los que acudía al trabajo que calzado con sus distinguidos *Oxford*, sintió la necesidad de protegerlos del polvo. Del camión que les transportó hasta el campo situado a las afueras de Berlín, bajaron unos cincuenta presos; a él lo traían del edificio donde los de la lucha contra la homosexualidad lo tuvieron detenido dos días. Según le explicó un policía, la decisión sumaria de trasladarlo la decretó un juez que, sin celebrar juicio ni nada parecido, sentenció para él internamiento correctivo y trabajos sociales. Descargados los presos del camión, anduvieron unos pocos metros hasta la entrada. Traspasaron la verja y los mantuvieron, formados en tres filas, frente a unas mesas de

registro. Hasta que le tocó el turno de identificación, Dieter tuvo tiempo de grabar en su memoria el sarcástico recibimiento con el que los acogía la inscripción que colgaba en un panel junto a la entrada: *Hay un camino a la libertad, sus pilares son obediencia, laboriosidad, fidelidad, orden...* Mientras estaban formados se les acercó un soldado. Agitaba un saco para que en él volcaran cartera, reloj y cualquier pertenencia de valor que conservasen. Dieter no tenía nada consigo, todo quedó en el edificio de la policía criminal donde había pasado las dos últimas noches. Al poco, se acercó el mismo soldado con otro costal, pero más grande, ahora ordenando que echaran en él los zapatos. Dieter obedeció, se agachó y comenzó a desabrocharse los cordones añorando las veces que había repetido igual gesto en el dormitorio de Max. Ya de pie, sujetando los *Oxford* mientras aguardaba su turno, recordó alguno de los dichosos momentos que pasó con ellos cuando la ciudad, radiante, todavía respiraba abierta a los hombres porque aún no se había poblado de macabras sombras. Como uno más, iba a arrojar los zapatos al saco cuando oyó la voz de un oficial que gritaba que los suyos no. Entonces el soldado se los arrebató de las manos y los colocó encima de una de las mesas de registro. Descalzo, asignaron a Dieter su nueva identidad —el número 175624— y, de acuerdo con el delito por el que fue arrestado, determinaron el color del triángulo que iría cosido a su chaqueta, el rosa, el que delataba a la plaga de depravados detenidos en aplicación del artículo 175. Todos en Sachsenhausen sabían que aquel párrafo del Código Penal castigaba las aberraciones contra natura practicadas por seres viciosos como él, aunque el 175624 todavía no imaginaba que las pirámides estamentales se levantan incluso entre quienes sufren, ni que él ocuparía el lugar más bajo de todos, el del paria entre los parias, y que como tal sería tratado también por los propios desheredados. Nadie en el campo, ni siquiera los demás presos, toleraban la cercanía de un maricón, de uno de esos enfermos contagiosos que corrompían y debilitaban la sangre pura; de hecho, los barracones donde ellos eran alojados estaban aislados del resto. Después de los primeros escarnios que lo humillaron frente a las mesas de registro, le dieron también a él unos zuecos de madera. Al ponérselos entendió que habían sido concebidos para obstaculizar cualquier deseo de fuga. Todavía nadie había escrito que la muerte comienza por los

zapatos, aunque el preso 175624 ya lo intuyera al dar los primeros pasos con esas pirañas que empezaban a devorar a su presa por los pies. El 175624 comprendió que los zuecos no eran nuevos, que alguien ya había sudado la huella de sus plantas en la madera, además estaban polvorientos, por lo que, instintivamente otra vez, los restregó por los pantalones mientras seguía al grupo de detenidos que lo adelantaba en dirección a los baños.

La tela del uniforme ha eliminado el polvo de la puntera de las botas del 175624, que prosigue en procesión por la pista. La niebla persiste. Cuando uno debe recorrer sesenta veces una misma senda, cargado con una mochila que simula con piedras o arena el peso de los pertrechos acarreados por los soldados en el frente, y, sobre todo, cuando las debe recorrer con los pies convertidos en dos úlceras sangrantes, sólo desea que el tiempo pase cuanto antes para regresar al camastro a quitarse las botas. El 175624 mira con ansia el final de la cuarta vuelta pues cuando lo alcance significará que le resta una menos que dar. Así que intenta apresurar el paso por el sendero aprendido de memoria durante las cinco jornadas que lleva sufriendo las distintas superficies en que se divide la pista. El ideólogo de los ensayos de calzado, intentando medir objetivamente la resistencia de las nuevas botas militares, planeó la pista pensando en que cuando un soldado camina hacia la batalla, no lo hace a través de un itinerario cómodo, sino que su ruta unas veces será de barro, otras de asfalto o conformada por piedras, de agua o tierra. Para esquivar el mayor número de obstáculos posible, el 175624 dedicó la segunda jornada a memorizar la situación de cada socavón excavado en la grava, de cada montículo diseñado en la zona de arena, de los charcos profundos del área de lodos y del desnivel más acusado en el tramo de rocas. Ahora entra en la parte embarrada. Hoy, para poner a prueba el aguante de las costuras de la vira, han vertido bien de agua. A los dibujos de las suelas de las botas se adhiere entonces un barro que las convierte en pesados lastres. Él trata de sortear los charcos de fango más hondos, pero inevitablemente, como consecuencia de su salud debilitada y sus sentidos mermados, acaba metiendo el pie en uno. Lo saca con un movimiento brusco y aúlla. El dolor de las heridas, abiertas a las pocas horas de colocarse las botas de prueba, alcanza en el día sexto sus huesos y siente

que lo que supura de ellas es el tuétano que se le derrama directamente de la cavidad medular. El 175624 se agacha a arrancarse los cuajarones de barro incrustados en las grotescas suelas que parecían fabricadas con goma para neumáticos.

Por la tarde había estado lloviendo y no era cuestión dejar la pista de baile salteada con trozos de barro que el calor iría desprendiendo a medida que avanzase la noche. Así que, antes de acceder a la sala, se detuvieron para que Dieter raspase, auxiliándose de un bordillo, el barro que tenía adherido a los zapatos. Bailó sin parar, acariciando el suelo de la pista al ritmo que marcaba la orquesta y sintiendo como sandalias aladas, aquellas suelas flexibles que, imparables, danzaban con su nombre troquelado en el cuero, Dieter Schmach. Después partieron hacia casa de Max, entraron de puntillas intentando que el ruido de las tapas de los zapatos no despertase a la madre y averiguara que un hombre iba a profanar el dormitorio de su hijo. Apenas dos horas permanecieron colocados en paralelo los zapatos de Dieter al pie de la cama de Max, en igual posición que como tres días después quedaron sobre la mesa de registro, mientras conducían al 175624 hacia un barracón con baños. La base de madera de los zuecos crujió en el suelo del campo donde todo seguía la misma instrucción sistemática, la más efectiva para deshumanizar y poder agredir sin culpa su diferencia. Se desvistió. Otro soldado se apropiaría de su traje. El agua fría de la ducha no le sobrecogió quizá porque su sangre comenzó a congelársele desde el momento en que lo apresaron. Luego, con el uniforme del campo ya puesto, le rasuraron el pelo al cero para prevenir piojos y, de paso, dejar del todo visible su vulnerabilidad de humano. Al terminar la desinfección pasó por la enfermería para que los doctores certificaran que el estado de salud del preso lo capacitaba para trabajar. Inspeccionaron su boca como a un caballo de feria, no hallaron dientes en mal estado que arrancarle; tampoco, ninguno de oro. El doctor que chequeó al 175624 le explicó que un equipo médico desarrollaba un programa que curaría a la gente como él, y que en los próximos días analizarían con detenimiento su expediente por si había alguna posibilidad de incorporarle a los ensayos y sanar los hábitos antinaturales que tantos problemas le habían causado. Le habló sobre el compuesto químico experimental que inyectaban a los invertidos o,

en su defecto, de la castración, una solución muy efectiva para que no reincidiera y, por tanto, no volver a ser detenido tras cumplir condena. Entonces, el 175624 odió a Max, sus abrazos y el confort que sintió las noches que pasó acurrucado en su cuerpo, y lo detestó no tanto por haber aprendido con él que su amor era diferente, sino porque escuchando la terrible propuesta del médico, la ausencia de Max se le hizo aún más insoportable de lo que creía que podría ser cuando lo arrestaron por degenerado. Al salir de la enfermería, otro soldado le enseñó el lugar donde le correspondía dormir. El edificio, junto a los barracones de judíos y a las celdas de castigo, estaba apartado de las zonas reservadas a presos comunes, a detenidos políticos, desertores o gitanos. Aún no sabía en qué litera dormiría, pues despojados de cualquier pertenencia los presos no dejaban nada que identificara qué camastro quedaba libre. Supuso que le tocaría alguno de los de arriba, los más cercanos al hielo de las cristaleras, o de los de abajo, próximos a la humedad del suelo. Donde fuese, pero siempre con las manos visibles por encima de la manta, como le advirtió el soldado que se dormía en aquel barracón. Le comunicaron que su primera misión sería la de limpiar los pozos negros y que, a la mañana siguiente, después del recuento, comenzaría en el batallón de los patinadores. En el barracón olía a humedad, pero no como huele la tierra mojada por el otoño, sino a madera podrida que ha pasado mucho tiempo empapada por aguas estancas y, a pesar de su nauseabundo primer encargo, el 175624 agradeció salir otra vez al exterior y respirar el aire que aún arrastraba el olor a resinas de los bosques aledaños al campo. Escoltado hasta las fosas donde vertían las letrinas, el recinto le fue mostrando su despiadada naturaleza. Se encontraba en uno de los primeros campos de trabajo inaugurados en el país, un centro experimental que servía como modelo de los que se construían y como centro de entrenamiento del personal destinado a vigilar o dirigir otros campos de trabajo. La distribución panóptica que lo caracterizaba permitía tener absolutamente controlado cada rincón del campo desde una torre vigía central, una columna de hormigón que pesaba sobre los presos como el ojo de un gran dios dueño de sus insignificantes existencias. A esas horas el campo parecía vacío, cada prisionero ocupaba su celda en la colmena, produciendo en la fábrica de armamento, en el taller de tanques, de

aviones o de zapatos, en cocina, lavandería o desarrollando cualquier otra labor provechosa. Llegó a su primer destino y nada más pisar los alrededores de las fosas sépticas, los zuecos del 175624 patinaron.

A punto estuvo de caer tras incorporarse después de haber descargado de barro sus botas de prueba. El 175624 se mareaba. Su organismo, cada vez más debilitado, ha de luchar contra la fiebre imparable y, sobre todo, contra el indescriptible y continuo dolor de sus pies al reanudar los pasos que soporta como gruesos clavos aguijoneándole. Arrojado por la bruma, tiene ganas de tirarse al suelo y acabar con todo. Las palabras del cartel que leyó a la entrada regresan a su cabeza y supone que quizá el camino hacia la libertad que mencionan se refiera al deseo de dejarse vencer y terminar acurrucado en posición fetal en el suelo. Pero avanza, el 175624 prosigue porque un extraordinario instinto de supervivencia lo empuja hasta pisar la superficie pedregosa. Allí vuelve a mascar el temor de que se le partan los tobillos cada vez que los pies se doblan entre la hendidura formada por dos rocas. Comprende, otra vez, que debe acelerar el paso y abandonar rápido el área de piedras para cruzar a la siguiente superficie diseñada, la más cómoda de todas al simular un pedazo de carretera liso y sin trampas. Aunque la bruma densa no le permite ver más allá de cinco metros, calcula que faltan unos doscientos desde que se inicia el recuadro asfaltado hasta el final de la pista. Pero de nuevo ha de agacharse, ahora debido a que el cordón de una bota se ha soltado. La fiebre provoca un temblor exagerado en las manos del 175624 y le resulta muy dificultoso practicar un simple nudo doble que no vuelva a deshacerse.

Dieter estaba habituado a hacer la lazada sin apenas luz, para no despertar a Max. El amanecer le advirtió que se marchase temprano si quería regresar a casa a asearse un poco, cambiarse de ropa y fichar puntual en el banco. Además había que abandonar la casa antes de que la madre de Max despertara. Se apresuró con los cordones, arrancó la americana del respaldo de la silla y se acercó hacia el amigo que apuraba plácido el sueño. Necesitaba fuerzas para enfrentarse solo al pasillo, por lo que antes de abandonar la habitación se acercó a él y rozó sus labios con un beso. No le despertó. Abrió la puerta sigiloso y respiró tranquilo en el rellano de la escalera. Bajó las dos plantas deprisa y



atravesó el vestíbulo del portal. Caminando por la ciudad dormida disfrutaba del sonido elegante que el tacón de sus zapatos reproducía en la calle desierta. Dieter celebraba la noche pasada con un brillo especial en los ojos, ante la certeza de que ambos habían sentido la entrega con una intensidad distinta y más profunda que las anteriores. Transitaba por el amanecer con las manos protegidas en los bolsillos, satisfecho y seguro de que nada podría enturbiar tanta felicidad. Auguró un hermoso día otoñal en Berlín. Se percató de que el cordón de su zapato derecho se había soltado cuando dispersaba con los pies, como le gustaba hacer de niño, un mullido colchón de hojas caídas. Se inclinó a atárselo, entonces oyó que un coche frenaba próximo a él. Bajaron dos individuos vestidos de paisano que se identificaron como policías y requirieron su documentación. Tras comprobar que era Dieter Schmach lo detuvieron en cumplimiento del artículo 175. Al parecer, lo habían estado vigilando desde hacía varios días porque su nombre figuraba en una de las listas rosas que se estaban confeccionando gracias a la colaboración de ciudadanos ejemplares. No dieron oportunidad a Dieter de anudarse el zapato y entró en el vehículo con él desabrochado.

Los dedos temblorosos del 175624 no conseguían atar el cordón de la bota y si no se ponía pronto en pie, el humanoide salvaje que lo vigilaba se acercaría a exigirle que caminase. Así que lo dejó suelto y, apoyando los nudillos en el suelo, tomó impulso para enfrentarse a los sucesivos pasos que habrían de venir, los que se irán restando de los quinientos que faltan para concluir la cuarta vuelta del total de sesenta que tendrá que dar otro día más. Sus fuerzas se han reducido tanto desde que le entregaron las botas cinco días atrás, que la longitud de su zancada se ha acortado casi a la mitad. El 175624 a veces se figura que marcha sobre dos estrechos ataúdes en lento avance hacia un destino irremediable, en dirección a la quinta vuelta y después, cuando la niebla haya o no levantado, a la décima para regresar sobre las propias huellas a encararse con la vigesimoctava o la quincuagésima; sin hacer camino, sólo tiempo en la esfera de un reloj de asfalto, grava, piedras y arena. Le falta muy poco para culminar los setecientos metros y, como premio irónico a su esfuerzo, una de las gotas del sudor frío que resbala por el rostro sucio del 175624, acierta a caer en la bota izquierda.

Una lágrima ha dejado su inapreciable rastro en el empeine del zueco del 175624. Ha estado llorando al estirar los andrajos del camastro tras su primera noche en el campo. Después, repitiendo los movimientos de sus vecinos de barracón, salió al patio para el recuento. A continuación, les repartieron un pedazo de pan y el cuenco de sopa fría que engulló antes de que un soldado le entregara unos calcetines gruesos, la mochila cargada con piedras que lo acompañará en su viaje y las botas. Un par de recias botas militares, negras, con cinco ojales en cada uno de los lados y basta suela de goma, similares a las que usaba de adolescente en sus caminatas por la montaña. Junto a ellas, el soldado le dio la instrucción: Caminar por la pista semicircular hasta que le ordenasen parar. Y, obediente, se puso a ello aunque según dio los primeros pasos notó que las botas le apretaban. Se dirigió al mismo soldado y pidió que se las cambiase por un número mayor. El soldado lo miró con desprecio, riéndose al decirle que las de los invertidos del triángulo rosa eran más pequeñas, que caminara con los dedos encogidos. A la media hora las ampollas comenzaron a apoderarse de sus pasos y una incipiente quemazón anticipaba el feroz fuego que habría de sobrevenir en los días venideros. Cuando se acostó la segunda noche en el campo, los pies y los tobillos le sangraban debido al brutal roce al que fueron sometidos durante más de diez horas. El quinto día estaban infestados y comenzó la fiebre. Pero él continúa persiguiendo el objetivo inmediato de avanzar cuatro pasos más y terminar la cuarta vuelta del sexto día, como aquel pobre desgraciado condenado por desafiar a los dioses a cargar eternamente con una pesada piedra que subía y bajaba siempre por la misma ladera. Por fin, el 175624 inicia la quinta vuelta. Ha entrado en la superficie de arena. Arrastrando los pies observa que la gota de sudor que minutos antes había caído en su bota por la fiebre, ha sido cubierta por el polvo. Ese polvo que el 175624 trata de limpiar frotándolo contra la pernera de los pantalones, como Dieter hizo con sus flamantes *Oxford*, cuando ingresó en el campo de Sachsenhausen y los detenidos tuvieron que cruzar a pie el sendero que los separaba de la entrada.

\* \* \* \* \*

**Lema:** Ataraxia.